

berano de la fuerza; pero la corona de diamantes y de rubíes que adorna su cabeza, no oculta sino imperfectamente la siniestra palidez de su enfermedad! y bajo el vestido de oro y de púrpura que cubre sus formas imponentes, se dejan entrever repugnantes úlceras. En el seno de la ciudad resplandeciente, nuestros ojos habian visto correr el llanto, y hasta nuestros oídos llegaban gritos de dolor, porque el profundo desprecio de la humanidad se nos aparecía bajo todas sus faces; pero no nos anticipamos; no habia llegado el momento todavía de hacer la autopsia del cadáver.

Otro espectáculo atraía nuestra atención. Roma cristiana se mostraba á nuestra vista. Ya el día declinaba; los últimos rayos del sol doraban con sus amortiguados reflejos las cimas de las siete colinas, mientras un vapor ligero, semejante á un inmenso velo de púrpura, matizado con los duleísimos colores del arco-iris, se extendía sobre la ciudad y la cubría como con una trasparente gasa. La ciudad de San Pedro, la augusta madre del mundo católico, se presentaba entonces como una casta matrona, de frente venerable, de fisonomía dulce y tranquila y de actitud majestuosa. Viendo á Roma adormecerse así silenciosa y tranquila, en medio de una vasta soledad, al murmullo eterno de sus fuentes, á la sombra de la cruz que domina sus innumerables iglesias bajo la protección de María, cuya venerada imagen adorna sus casas, guardando sus murallas el victorioso ejército de mártires, ¿cómo no conocer á esa reina, á esa esposa, á esa madre inmortal que de seguro á despertar al día siguiente para continuar hasta el fin de los siglos, el bien que ha comenzado ayer? Era ciertamente difícil contemplarla en una hora más solemne y en un día tan á propósito.

De las bellezas materiales de Roma

cristiana, diré por ahora pocas cosas: la gloria de la esposa del gran Rey es de un orden más elevado. Como la reina del paganismo, la reina del Evangelio está siempre sentada sobre las siete colinas y se extiende todavía por el otro lado del Tiber, sobre el Vaticano y el Janículo; pero si los nombres y los lugares son los mismos, las cosas han cambiado. En lugar de los templos paganos, iglesias dedicadas al verdadero Dios coronan todas las alturas. Los lugares que pisaban Neron, Calígula y Heliogábalo, están habitados por religiosos ó religiosas de todas las órdenes. Así es como en la cima del Capitolio, en el lugar mismo del templo de Júpiter, vemos brillar la iglesia Ara-Cœli, consagrada á la Virgen divina. Sobre el Palatino, de en medio de las ruinas informes del palacio de los Césares, se levantan las iglesias de Santa María Liberatriz, de San Teodoro y de San Buenaventura. El Cœlius presenta la radiosa basílica de San Juan de Letran, las iglesias de los Cuatro-Coronados y de los santos Juan y Pablo. El Aventino, célebre por su templo de Diana, lleva hasta las nubes las bellas iglesias de Santa Sabina, de San Alejo y de Santa Prisca. Santa María *in cosmedin* colocada en la base, sirve como de pórtico sagrado á esos venerables santuarios. Sobre el Quirinal, no lejos de la columna Trajana, brillan Santo Domingo y San Sixto, San Silvestre, Santa María de la Victoria. El Viminal está coronado por la magnífica iglesia de Santa María de los Angeles, edificada en las Thermas mismas de Diocleciano. El Esquilino ofrece á los deslumbrados ojos á Santa María la Mayor, San Pedro en las Cadenas y San Martín de los Montes. En lontananza aparece en el horizonte el Janículo, con su templo del Bramante, y más abajo el Vaticano, con la maravilla de las iglesias, San Pedro.

Roma no cuenta mas que ciento setenta mil habitantes, y el recinto de la muralla levantada por Aureliano se ha hecho demasiado amplio; el espacio que se extiende de las casas á la antigua muralla, está ocupado por viñas, jardines, terrenos incultos cubiertos de ruinas, entre las cuales se ven bajar rebaños, de ovejas, de bueyes y algunos búfalos. Si la vista de tantos edificios caídos, monumentos imponentes de una gloria que ya no es, inspira al filósofo los más graves pensamientos, aquella desolación, siempre subsistente, afirma la fe del cristiano. Ante su presencia está el cumplimiento de las profecías; lo ve con sus propios ojos, lo toca con sus manos. Como en tiempo de los emperadores, Roma se divide hoy en catorce regiones (Rioni). Sus palacios, sus fuentes, sus museos, sus galerías, sus obras maestras de pintura y de escultura, sus basílicas; sus cuatrocientas iglesias hacen de ella, bajo el punto de vista puramente material, la primera ciudad del mundo.

Aunque despojada de todos los atributos de la fuerza, no deja por eso de ser todavía la reina de todas las naciones. Más de dos mil años nos separan de los poetas, y de los oráculos que cantaron su eternidad, y sus cánticos proféticos no han cesado de cumplirse 1. ¿Cómo reflexionar

1 Imperium sine fine dedi.
Virgil. *Æneid* lib. 1, 279
Romulus æternæ noudum fundaverat urbis
Mænia, consorti non habitanda Remo.

Tibull, *Eglog.* lib. 2.
Romæ æterna, Romæ Deæ, ¡é aquí lo que se vé en multitud de inscripciones. En todas las provincias del imperio se le edificaban templos. Tácit. *Hist.* lib. III. Casal, pág. 123. Y cosa notable, en Roma, diosa de la fuerza, se adoraba al mismo tiempo con iguales homenajes á la diosa del amor.

Adque Urbis Veneris que pari seculmine tollunt.
Templa, simul geminis adolentur thura deabus.
Prud.

Se sabia que ella debia ser la reina eterna del mundo:

en ese instinto misterioso que Roma tenía de su destino, sin sentirse poseído de admiración? ¡Cuántas consideraciones se ocurren sobre esta revelación providencial! ¿Qué no decir de una ciudad que llevaba escrito en su nombre mismo el secreto de su noble misión? Nombre admirable conocido de los iniciados, y del cual estaba prohibido hablar al vulgo 1. Reina de la fuerza Roma pagana, todos lo saben, se vió á la altura de su temible misión. Largo tiempo su cetro de fierro anonadó al mundo subyugado por sus armas; ella reinaba sobre los cuerpos. Reina del amor, Roma cristiana está también á la altura de su bienhechora misión. A las naciones que le están voluntariamente sometidas, les impone solo vínculos suaves que llevar; ella reina sobre las almas, y siempre permanece la ciudad guerrera. En verdad, no hace ya la guerra á los Cartagineses, á los Partos, á los Dácios, á los Gramantes; pero la hace sin descanso al error y á los vicios, otros bárbaros más peligrosos que los primeros. Si se admira la poderosa organización de la ciudad de Rómulo, puesta en el mundo para conquistar, ¿puede dejar de reconocerse en la ciudad de San Pedro la sabia reunión de todos los medios más á propósito para atraer al mundo al suave yugo del Evangelio? ¿Pero cómo dar de ello un débil indicio? Rodeada de todos los grandes monumentos de la historia profana y de la historia eclesiástica, apoyada en el testimonio siempre presente de sus innumerables mártires, extraña á las preocupaciones políticas y á las especulaciones mer-

Terrarum dea gentiumque Roma
Cui par est nihil et nihil secundum.

Martial.
Urbem auspicato diis auctoribus in æternum
conditam. Tit. Liv. lib. VII. *Decad.* 3.

1 El anagrama de *Roma*, que en griego quiere decir fuerza, es amor, amor. (Plutarco).

cantiles que absorben la vida de las otras capitales, fuerte en su mision providencial, Roma se encuentra colocada en las mejores condiciones divinas y humanas, para enseñar la verdad á toda la tierra con una autoridad irresistible. Toda su gerarquía está organizada con este objeto. La unidad de poder constituye la fuerza de Roma pagana. César se muestra, sobre todo, lugarteniente y pontífice de Júpiter. Asimismo, alejando toda comparación, aparece en la Roma cristiana con la frente ceñida de una triple diadema, un jefe supremo, el Vicario de Jesucristo, pontífice inmortal de la verdad. Cerca del trono imperial brillan los padres conscriptos, cuyos consejos dirigen al príncipe en el gobierno del mundo. Veis en derredor del soberano Pontífice, al Sacro colegio, venerable senado de la Iglesia, cuya experiencia, cuyas luces y cuyas virtudes sobre todo, eclipsan sin duda ninguna al austero senado de la antigua Roma. A los numerosos colegios sagrados y seculares que velaban cada uno en su esfera por los intereses de la república, corresponden hoy catorce congregaciones, compuestas de lo más selecto de los doctores y de los prelados, que siguen con la vista las diversas fases de la gran batalla que se libra en todos los puntos del globo, y deciden las altas cuestiones relativas á la defensa y á la propagacion del Evangelio en Oriente y en Occidente. En fin, cerca del soberano Pontífice, del Sacro colegio y de los grandes ministerios, están colocados los generales de las órdenes, jefes inteligentes de aquellos cuerpos de ejércitos, tan variados en sus objetos y tan admirables en su disciplina y abnegacion. Siempre al mando del Pontífice supremo, como las legiones del Pretorio al de César, se trasladan rápidamente á donde quiera que su presencia es necesaria. Desde hace muchos siglos, los países tocados de heregía, así

como las naciones idólatras, les ven llegar á sus inhospitalarias riberas. Ya bajo el hábito blanco del dominico, ya bajo el vestido azul del franciscano, ya bajo la sotana negra del jesuita, han llevado la fe y la civilizacion, hija de la fe romana, á los dos hemisferios; y por todas partes encontrareis el rastro de la sangre que han derramado para fundarla. Así es como desde la altura de las siete colinas, bajan incesantemente los oráculos infalibles que rigen á la inteligencia humana, detienen ó hacen caer al pié de la cruz á los pueblos civilizados y bárbaros, del mismo modo que en otro tiempo las órdenes que descendian de las mismas alturas, subyugaban á las naciones, mudas y trémulas bajo el yugo imperioso de César.

Hé ahí en pocas palabras, lo que hace Roma para cumplir en el exterior su mision; hé ahí de qué modo y por qué medios reina sobre el mundo. ¿Quién dirá ahora lo que hace con el mismo fin en el recinto de sus murallas? En favor de una poblacion de ciento treinta mil almas, Roma sostiene trescientas setenta escuelas primarias, frecuentadas por catorce mil noventa y nueve alumnos de uno y otro sexo. Agregad á éstas las escuelas nocturnas, y sabreis al ménos en parte, de qué modo protege á la inteligencia de los niños y de los pobres, contra la invasion de la ignorancia y los ataques del error.

Para los ricos tiene abiertos sus magníficos establecimientos: la Propaganda, el Colegio Romano, el Colegio Inglés, el Colegio Germánico; son como otros tantos arsenales provistos de las mejores armas, á donde van á instruirse jóvenes de todas las naciones del globo.

A estas instituciones y á muchas otras que omito en este momento, vienen á juntarse las que tienen por objeto preservar al corazon de la corrupcion. Tales son los numerosos asilos abiertos para la inocen-

cia y para el honor del sexo débil, conocidos bajo el nombre muy justo de *Conservatorios*. Pero no basta prevenir el mal, es preciso repararlo; Roma no olvida esto. Así como los conservatorios protegen la pureza de las jóvenes honradas, así las piadosas casas de refugio sostienen en sus buenos propósitos á las que arrepentidas, abandonan una vida desarreglada. Roma posee tres asilos de este género; el de la Cruz, el de Santa María *in Trastevere*, á cargo de las religiosas francesas del Buen Pastor, y el de Nuestra Señora de Loreto.

Pero el hombre no es vulnerable solo en la parte más noble de su sér. Como una larga y pesada cadena, el sufrimiento, bajo todos sus nombres y en todas sus formas, sujeta su cuerpo desde la cuna hasta la tumba. Esta cadena, ya tan pesada por sí misma, habia sido agravada con mayor peso en todos sus anillos, por Roma antigua: la exposicion, el asesinato, la venta, el abandono de los hijos, del pobre, del enfermo, del anciano, parecian ser, al ménos en la práctica, los artículos generales de su código *humanitario*. ¡De cuán distinto modo comprende Roma cristiana su real mision! El viajero se enternece hasta derramar lágrimas, al estudiar el número y la variedad de los medios que emplea para aligerar el dolor *corporal* de los hijos de Adán. Veintidos instituciones consuelan á los enfermos, á los pobres, á los locos, á los convalecientes, á los niños y á los ancianos; ocho hospicios públicos y once particulares, reciben á los enfermos; numerosas asociaciones llevan socorros á las casas de los pobres, y entierran á los muertos. La situacion de estos diferentes hospicios está de tal modo calculada, que cada cuartel de la ciudad puede fácilmente gozar de sus beneficios. En la parte occidental de Roma observamos al *Espíritu Santo* y á

San Galicano, al uno en el Borgo, al otro en el Trastevere. En el centro del cuartel más populoso está *Santiago*; al Oriente, *Santa María de la Consolacion* y *San Salvador*; por fin, en el centro de la isla del Tíber, en el punto de concurso de la ciudad con el gran suburbio, se encuentra el más amplio de los hospitales particulares.

Tal es el doble panorama que acaba de pasar á nuestra vista. Al volver á la ciudad, hablando sin descanso de lo que habíamos visto, supimos que el soberano Pontífice debia dar la bendicion solemne del Santo Sacramento, en la iglesia de los Santos Apóstoles.

Ver al Santo Padre, y la primera vez de nuestra vida, y verle para recibir su bendicion, era una felicidad que coronaba nuestro hermoso paseo, y que debíamos procurarnos á toda costa. Despues de haber seguido algun tiempo el *camino papal* 1, llegamos á la plaza que precede á la iglesia. Una muchedumbre inmensa obstruia todas las calles inmediatas, y formaba delante del pórtico un vasto círculo, cuya circunferencia estaba guardada por dragones y alabarderos. Llegaron á poco algunos coches de los cardenales y prelados, y por fin apareció la carroza pontifical tirada por sus caballos negros de largas crines y ricamente enjaezados. El Santo Padre iba solo en su coche, con un cardenal: chinelas blancas adornadas con la cruz de oro, la sotana blanca con el pequeño roquete guarnecido de encajes, que le bajaba solamente hasta la cintura; la muceta roja forrada de armiño, de una blancura deslumbrante, tales eran los vestidos del Pontífice cuya venerable cabeza

1 Cuando el Santo Padre debe dirigirse hácia alguna iglesia, se cubren con arena fina las calles por donde ha de pasar la comitiva: esto es lo que se llama camino papal: *la strada papale*.

estaba adornada con el sombrero de pastor, rojo por encima y por debajo verde. Es imposible imaginarse un traje más gracioso y más en armonía con la dignidad de la persona. En presencia del augusto anciano, delante del vicario del Hombre-Dios, cuya voz se hace respetar y bendecir del uno al otro polo, el alma ménos cristiana siente una impresión difícil de caracterizar. No es un sentimiento de temor, como el que puede inspirar la vista de los reyes de la tierra; es una mezcla indefinible de veneración, de confianza, de amor, de felicidad. Esta impresión fué tanto más viva para nosotros cuanto difícil es contemplar un semblante mejor y más venerable que el de Su Santidad Gregorio XVI.

Siguiendo la comitiva, entramos á la iglesia. El altar, brillante de luces, estaba adornado con esa magnificencia y buen gusto que solo se vé en Italia. Después de las ceremonias ordinarias, el soberano Pontífice dió la bendición del *Santo Sacramento*, en silencio; así lo quiere la rúbrica romana, más racional que nuestro rito galicano. De hecho, ¿por qué bendecir en alta voz en nombre de la Santa Trinidad, cuando es Nuestro Señor en persona el que bendice?

8 DE DICIEMBRE.

Fiesta de la Inmaculada Concepcion.—Anécdotas: la condesa de R.....—Lord Spencer.

Roma estaba de fiesta; era el día de la Inmaculada Concepcion de la Santísima Virgen. Todas las campanas del *Campidoglio* sonaban á todo vuelo; en todas las esquinas se oía la música campestre de los *pifferari*; todas las *madonas* de las calles estaban iluminadas, los almacenes y tiendas cerradas, y las iglesias llenas por una

multitud piadosa. La víspera, habia hecho el pueblo el gran ayuno, es decir, que habia esperado la noche para tomar alimento. Este acto de piedad es más bello, porque es voluntario. Pero cuando se trata de María, el romano no se detiene ante ningun sacrificio. Para la Madre de Dios, á quien llama también suya, su amor es sin límites, como su confianza.

Ese día solo salimos á hacer algunas visitas indispensables, y yo recibí también algunas que fueron para mí de la mayor satisfacción. En ese pasatiempo de la conversacion íntima, en que se pasa sin transición de uno á otro asunto, se habló de los extranjeros que acuden á Roma. Se hicieron quejas de un gran número de ellos, que con su oro traen la corrupción á la ciudad santa.

Nubes de ingleses, sobre todo, caen por decirlo así durante el otoño en Italia. Son los primeros en ir á San Pedro y á la Capilla Sixtina en los días de solemnidad. ¿Qué hacen allí? no se sabe de ello nada con certeza; porque ¿qué puede hacer en Roma, qué puede ver allí aquel á quien le faltan los ojos de la fe? Pero la Providencia tiene sus designios. Es raro que el catolicismo, que se muestra con tanta majestad en medio de los monumentos de la ciudad eterna, no haga cada año algunas conquistas sobre la heregía.

A la conversion tan notable de M. Tayer, ministro protestante de América, acababa de añadirse la de la condesa de R.... Esta mujer, célebre en Alemania, habia venido á Roma con intenciones confesadas en alta voz, de proselitismo protestante. Dotada de cualidades superiores, se prometia muy buen éxito, cuando un día quiso asistir á la bendición papal. La majestad de tal ceremonia la impresionó tan vivamente, que cayó de rodillas y se levantó católica.

El estudio de los orígenes romanos no

es ménos eficaz que la vista de los monumentos y de las solemnidades. "Aquí tenemos nuestro origen," decia el jóven lord Spencer, ántes ministro anglicano y hoy sacerdote católico y apóstol de su país. El es quien ha organizado, en una gran parte de la Europa, la vasta asociación de *Orações* por la conversion de la Gran Bretaña. Durante su permanencia en Roma, nos contaba que, atormentado por dudas sobre la verdad de su religion, se habia dirigido á un anciano obispo anglicano:—"Me persiguen penosas dudas, le decia él; me parece que los orígenes de nuestra *Iglesia establecida* no son muy antiguos: creo que los hemos innovado. Para tranquilizarme, estoy decidido á leer á los Padres de los primeros siglos, y á los antiguos controversistas."—"Yo no os lo aconsejo, le respondió el obispo; he visto que todos los que han tomado ese partido, han acabado por hacerse católicos."—"Esta confesion, añadía lord Spencer, fué para mí un rasgo de luz; y debo bendecir á la Providencia, porque la constituyó en motivo determinante de mis estudios, y principio de mi conversion."

9 DE DICIEMBRE.

San Juan de Letran.—Clasificación de las iglesias de Roma.—Bautisterio de Constantino.—Obelisco.—Triclinium de San Leon.—Escala Santa.—M. Ratisbonne.

Habíamos echado una ojeada general sobre Roma pagana y Roma cristiana. Ha llegado el tiempo de descender á pormenores y de comenzar la vista regular de las dos ciudades. La emprendimos sucesivamente en los catorce cuarteles fijados por Benedicto XIV en 1743.

El primero que se presenta, es el cuartel de los Montes, (*Rioni de Monti*); ocu-

pa la antigua region del Esquilino y en la parte de la *Via Sacra* de la Paz, de la *Alta Semita*, de la *Calimontana*, de *Isis* y *Serapis* y del *Torum Romanum*. Se le llama *de los Montes*, porque encierra la parte más montuosa de la ciudad. En sus límites se encuentra el Esquilino, el Viminal, una parte del *Caelius* y del Quirinal. Habiendo salido de la plaza de España á las nueve de la mañana, nos dirigimos á la basílica de San Juan de Letran, situada hácia la bajada de *Caelius*. Ahora bien, las iglesias de Roma pueden dividirse en tres clases, cuya diferencia es útil conocer: las patriarcales, las basílicas Constantinianas y las iglesias ordinarias.

Primero: *Patriarcales*. El mundo conquistado por el Evangelio se dividió desde los primeros siglos, en cinco patriarcados. El primero de todos, por su autoridad y extension, es el de Roma. Como papa, el sucesor de San Pedro tiene jurisdicción sobre la Iglesia universal. Como patriarca, su dominio no tiene otros límites que los de Occidente, comprendiendo en ellos al Africa, y más tarde al Nuevo-Mundo. El segundo patriarcado, era el de Constantinopla; el tercero, de Alejandría; el cuarto, de Antioquía, y el quinto de Jerusalem. 1 En estas grandes sillas están sentados los *padres de los padres* de todas las diócesis de la catolicidad. Los patriarcas de Oriente cayeron muy pronto bajo los golpes de los hereges y de los bárbaros; pero Roma, cuya esencia consiste en conservar, no ha querido que su memoria pereciese. En su inmortal recinto se encuentran cinco iglesias patriarcales, iglesias tres veces venerables por su antigüedad, por su magnificencia y por su santidad, que perpetúan los católicos recuer-

1 *Constit.* de Inocencio III en el cuarto Concilio de Letran, cap. XXIII, de *Privileg.* de *vo-tis Jus Canon.*, tit. 1, pág. 203.

dos de Constantinopla, de Alejandría, de Antioquía y de Jerusalén. He nombrado á San Juan de Letran; á San Pedro *en el Vaticano*; á San Pablo *en la vía de Ostia*, á Santa María la Mayor y á San Lorenzo, *extra muros*. El siguiente dístico repite sus nombres, aunque en un orden inverso:

PAULOS, VIRGO, PETRUS, LAURENTIUS
ATQUE JOANNUS, HI PATRIARCHATUS, NOMEN
IN URBE TENENT. 1

Segundo:—*Basílicas constantinianas*. Cuéntanse ocho: San Juan de Letran; Santa Cruz *en Jerusalén*; San Pedro *en el Vaticano*; San Pablo *extra muros*; San Lorenzo *extra muros*; Santos Marcelino y Pedro *en la vía Lavicana*; los Santos Apóstoles en el centro de Roma, y Santa Inés *extra muros*. La antigüedad de estas iglesias, sus frescos, sus mosaicos, el número y la riqueza de las reliquias sagradas que encierran, hacen de ellas verdaderos archivos del arte y de la piedad. Así, no hay un viajero instruido que deje de verlas, ni un peregrino que deje de orar allí 2.

Tercero:—*Iglesias ordinarias*. Su número pasa de trescientas cincuenta; muchas se remontan á los primeros siglos, tales como San Clemente, Santa Praxedis, Santa María *in Cosmedin*. Sus pórticos, sus inscripciones, su arquitectura, recuerdan elocuentemente la sencillez, la fe viva, el fervor de las bellas edades del cristianismo. Cuidaremos de no olvidarlas cuando las encontremos en nuestro camino.

1 Journ. Monachi, card de Elect. in 6.

2 Entre esas basílicas hay cinco, que unidas á otras dos, no constantinianas, forman lo que se llama las siete basílicas de Roma, cuya visita hacen todos los viajeros cristianos, á causa de las grandes indulgencias que les están concedidas. Hé aquí sus nombres: San Juan de Letran; San Pedro en el Vaticano; San Pablo *extra muros*; Santa María la Mayor; San Lorenzo *extra muros*; Santa Cruz en Jerusalén, y San Sebastian.

Veinte minutos despues de la salida, encontramos á la gran plaza que se extiende desde el bautisterio de Constantino hasta la puerta de San Juan. Roma es, por excelencia, la tierra de las emociones y de los recuerdos. ¡Oh! ¡qué multitud de imponentes recuerdos surgen en aquellos lugares hollados por nuestros piés! ¡Qué de poderosas emociones vienen á tocar el alma hasta su última fibra! El horizonte crece sin límites; todos los siglos pasan ante vosotros con los dramas más grandiosos de la historia. Aquí es donde despues de trescientos años de una encarnizada lucha, el mundo pagano inclinó su altiva cabeza bajo el yugo de la cruz; aquí es donde el primero de los Césares se hizo hijo de la Iglesia. Sucesoros de los dueños del mundo y jefes de un imperio extenso, aquí mismo han habitado durante once siglos los vicarios de Jesucristo.

Aquí cada pontífice viene á tomar solemnemente la posesion de su temible dignidad; aquí han tenido lugar treinta y tres concilios. Por consiguiente, esos lugares han visto á casi todas las glorias de la Iglesia, á millares de obispos, de cardenales de doctores del Oriente y del Occidente que han acudido de siglo en siglo para dar testimonio de la fe del mundo entero y librar esas grandes batallas de la verdad contra el error, que afirmando el Evangelio, han salvado á la civilizacion. Ocupados en estos pensamientos, pasamos delante de la puerta del palacio pontifical y estuvimos ante la muy santa y venerable basílica. Como la mayor parte de los monumentos de Roma, la Iglesia de San Juan de Letran tiene el privilegio de repetir los hechos de la historia profana y de la historia sagrada. Su nombre de *Letran* recuerda á una de las más antiguas é ilustres familias romanas, la familia *Sextia*. Segun el uso, el sobrenombre de *Laterano* distin-

guia á sus miembros de las otras ramas del tronco comun: este nombre fué llevado gloriosamente en los tiempos de la república; y bajo el imperio, la crueldad de Neron, hizo resaltar más su brillo con el asesinato del cónsul *Plautius Lateranus* 1. La riqueza fué tambien patrimonio de esta familia. Su palacio hereditario, de una magnificencia real, ocupaba el lugar de la iglesia actual y le ha dado su nombre. Cuando Constantino poseia este monumento, hizo homenaje de él al papa Silvestre para edificar una iglesia al Salvador. Fué consagrada el año 324. 2

Penetrado el reconocimiento hácia Dios, á quien debia la fe del cristianismo y el cetro del mundo, Constantino se congratuló de adornar el nuevo templo con una magnificencia digna de un emperador romano. De aquí vino á la basílica el nombre de *Basílica de Oro*: nunca pudo estar más justificado tal nombre, de ello podrá juzgarse por algunos de los presentes del real neófito. Una estatua del Salvador, sentado, de cinco piés de altura, de plata, con peso de 120 libras; los doce apóstoles, de tamaño natural, de plata, con corona de lo mismo, y cada estatua con el peso de 90 libras. Cuatro ángeles de plata, de tamaño natural, teniendo una cruz en la mano cada uno, cada ángel con peso de 105 libras. La cornisa continúa que sirve de pedestal á todas las estatuas, es de plata cincelada y pesa 2,025 libras. Una lámpara de oro purísimo suspendida de la bóveda, que pesa con sus cadenas 25 libras. Siete altares de plata que pesa cada uno 200 libras. Siete pantallas de oro y diez y seis de plata, cada una con peso de 30 libras. Siete incensarios de oro que pesan cada uno 10 libras; otro incensario enriquecido con pedredría que pesa 20 libras 3 onzas. Dos custodias de

1 Tacit Anual, lib. XV.

2 Ciampini, Monum, veter b. III, p. 7.

oro puro que pesan 50 libras cada una. Veinte cálices de plata con peso de 10 libras cada uno. Cuarenta cálices más pequeños de purísimo oro que pesa una libra cada uno. Cincuenta cálices para la distribucion de la preciosa sangre á los fieles (cálices ministeriales) que pesan 2 libras cada uno.

Como ornamentos de la basílica: un blandon de puro oro, colocado delante del altar en donde ardia aceite de nardo, adornado con ochenta delfines, que pesan 30 libras y que sostienen otros tantos cirios compuestos de nardo, y de los aromas más preciosos; otro de plata con ciento veinte delfines del peso de 50 libras, en el cual se quemaban los mismos aromas. En el coro, cuarenta candeleros de plata de á 30 libras, de los que se exhalaban los mismos exquisitos perfumes. Al lado derecho de la basílica, cuarenta candeleros de plata de á 20 libras y otros tantos al lado izquierdo. En fin, dos braseros de finísimo oro que pesan 30 libras, con un don anual de 150 libras de perfumes muy exquisitos para ante el altar 1.

Al recuerdo de tanta magnificencia, ¿cómo cansarse de admirar la fe del Señor del mundo, su reconocimiento y su docilidad para convertirse en instrumento de la Providencia haciendo servir para el culto del verdadero Dios, el oro y la plata, tan largo tiempo prostituidos á los ídolos? Así, gracias al Cristianismo, todo volvía al orden y hacia retroceder al principio, al hombre, al mundo y á las criaturas. ¿Qué se ha hecho la Basílica de oro? ¿qué ha sido de sus riquezas? Preguntádselo ántes á los jefes bárbaros tan famosos en la historia, Alarico y Tatila. Sin embargo, el augusto edificio, muchas veces sacado de sus ruinas, existe siempre. Sus tesoros han desaparecido, pero su principado le que-

1 Anast. Biblioth., in Vit. B. Silv.